



IV DOMINGO DE PASCUA*

“Yo soy el Buen Pastor... y doy mi vida por las ovejas”

Luis Fernando Crespo

Les recomiendo leer los textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Hechos 4,8-12; 1 Carta de Juan 3,1-2; Juan 10,11-18

Las lecturas de este domingo nos mantienen en el ambiente pascual de los domingos anteriores, Si bien la del evangelio no pertenece ya a los relatos en torno a la manifestación del Resucitado a los discípulos, leído a la luz de la fe en la resurrección, permite una más profunda comprensión de Jesús.

La lectura de los Hechos de los Apóstoles mantiene una vinculación estrecha con la del domingo pasado. Las dos se refieren a la explicación de Pedro sobre la curación del hombre tullido a la puerta del Templo (Hech.3). La primera fue ante el pueblo reunido a raíz del acontecimiento. La que leemos hoy recoge la proclamación de Pedro ante las autoridades de Jerusalén –Hech. 4,5-6 hace una precisa enumeración de ellas-, diciendo que esa curación “ha sido por el nombre de Jesucristo, el Nazareno, a quien ustedes crucificaron y al que Dios resucitó de entre los muertos”. Y termina afirmando que no sólo para el hombre tullido, sino que “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos”. La acción de Dios resucitando a Jesús lo constituye en “salvador” y nos alcanza a nosotros: ¡salvados por la muerte y resurrección de Jesucristo! Lo que además de ser una buena noticia, significa e implica que “vivamos una vida nueva” (Rom.6,4), inspirada en “el nombre de Jesús”, y que debe concretarse en la novedad de cada tiempo y circunstancia. Eso demanda atención esmerada a la realidad en la que vivimos, “los signos de los tiempos”. ¿Qué acciones de “vida nueva” serán capaces de ofrecer una oportunidad de salvación para la humanidad en este tiempo terrible de guerras, de desigualdades crecientes, de sistemas económicos que condena a muerte a muchas personas y pueblos? ¿Cómo ir construyendo esa humanidad nueva, solidaria y fraterna, en la que, al decir de Jesús, los “últimos” sean considerados “primeros”, reconocidos y escuchados, sin olvidos ni paternalismos, y los que fueron “primeros” hasta ahora se reconozcan y comporten como hermanos y servidores? No es cuestión de mirar hacia atrás como si todo tiempo pasado hubiera sido mejor, sino de poner las bases de un mañana distinto, de hombres

* Ciclo A

y mujeres que se reconocen iguales, se respetan y promueven, sin atisbos de racismo y de desprecio, de enfrentamiento y hostilidades por cuestión de razas o de religión.

La lectura de la Primera Carta de Juan va al fondo de lo que en términos cristianos habría de ser el fundamento más firme de la fraternidad: por la muerte y resurrección de Jesús se manifiesta nuestra dignidad y vocación de “salvados”, hijos e hijas de Dios. Lo que directamente es dicho de la comunidad: “Miren qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!” alcanza a todas las personas. Lo que falta -y es precisamente nuestra tarea, cada día más urgente, en la historia- es la traducción a condiciones y relaciones sociales que correspondan y expresen realmente esa dignidad. Ahí se conjugan lo que se ha llamado la dimensión “mística” –reconocernos hijos e hijas amados del Padre- y la dimensión “política” –construir la sociedad fraterna y justa- de la vida cristiana y de toda vida humana.

Hacia esa experiencia nos conduce Jesús, el Buen Pastor, como se presenta él mismo en el evangelio según san Juan. La imagen del “pastor” era frecuente en el mundo antiguo para designar al rey que se ocupa del bienestar de su pueblo. También la encontramos en la Biblia, en concreto en los Salmos, en Jeremías y Ezequiel. Dios se presenta como el verdadero Pastor de su pueblo, está en medio, se preocupa y lo cuida. Jesús, que vive en un ambiente rural, agrario, en el que la gente cultiva la tierra, tiene y cuida sus ovejas y corderos, se apropia de la imagen del “pastor” para manifestar su cercanía y su mutua relación con las personas: “conozco a mis ovejas y las mías me conocen a mí”. Y añade algo más que, cuando escribe el autor del evangelio, ya ha sido demostrado en la entrega de Jesús hasta la muerte: “Y doy mi vida por las ovejas”. El pastor auténtico no vive a costa de las ovejas, ni las abandona a su suerte en los momentos de peligro, como hace el “asalariado”. El pastor vive para las ovejas “para que tengan vida y la tengan en abundancia”. Jesús resume en esas palabras lo que fue su estilo de vida: vivir para los demás, al servicio de la vida plena de todos, y especialmente de los más débiles. Nadie queda excluido: “también tengo otras ovejas que no son de este redil, también a éstas las tengo que conducir”. Estos rasgos, con los que Jesús se identifica y da a conocer, han sido referidos a la misión de la Iglesia en su conjunto, y así se habla de la acción “pastoral”; de igual manera para designar a los responsables –“pastores”- de las comunidades y para orientar cómo han de ejercer su responsabilidad. El papa Francisco se lo recuerda cuando les pide que no tengan estilo de “funcionarios”, sino que han de tener “olor a oveja”, cercanía y entrega a su pueblo.

La imagen da para más. Toda persona está llamada a ser pastor o pastora de los demás. Hoy lo expresamos mejor diciendo que nos realizamos como personas cuando nos hacemos responsables del cuidado de la vida de nuestros prójimos, especialmente de la gente cuya calidad de vida está amenazada, por la falta de recursos y de derechos para tener una vida humana digna: acceso a la salud y a la educación, a una vivienda saludable y a un trabajo estable y justamente remunerado. En una palabra, cuando protegemos y promovemos el reconocimiento de la dignidad personal y social de marginados y excluidos. El seguimiento de Jesús, el Buen Pastor, debería traducirse en una práctica y una espiritualidad del cuidado y protección a las personas más desvalidas. Y no mirar

sólo a las personas de nuestro “redil” -las que son como yo-; también las “otras”, las más lejanas y vulnerables, -recuerda Jesús- reclaman nuestro cuidado y preocupación. En las acciones y palabras de Jesús –su “práctica”- podemos encontrar un criterio orientador -no una consigna- para el difícil discernimiento de lo que hay que hacer como cristianos y como iglesia en nuestra sociedad.

La imagen del pastor y las ovejas no es más que eso, una imagen, una metáfora. No hay que olvidar que en la realidad las ovejas somos y son personas, capaces de discernir para actuar con libertad. No es propio del pastor creerse más y abusar de la docilidad de las ovejas, sino más bien formar y promover personas creyentes adultas, capaces además de acompañar y cuidar, cuestionar y exigir a los propios pastores. A ese mutuo acompañamiento y corresponsabilidad apunta sin duda la propuesta de una Iglesia sinodal. El “pueblo de Dios” –lo dice bien el concilio Vaticano II- incluye por igual a los pastores y a las ovejas, ministros ordenados y laicos, mujeres y varones, que se acompañan y se cuidan mutuamente, según su oficio y carisma.

Nuestra humanidad de hoy parece haber perdido esta preocupación “pastoral”, de cuidado por la dignidad y la vida de los otros. Se cuida el dinero del gran capital, el poder militar destructivo o disuasivo de los Estados, la supremacía de ciertas condiciones (color, sexo, cultura, etc.) de determinados grupos. Se olvida o se considera “sobrantes”, “no personas” a los “otros” –“que no son de este redil”-. Cada día se hace más urgente concretar en cambio de mentalidad y en acciones que conduzcan a lo que postulaba Jesús: “un solo rebaño y un solo pastor”, una humanidad más de iguales, más fraterna y unida.

Una doble pregunta para pensar en la semana: ¿Cómo es mi relación con el Pastor, escucho su voz y le sigo? ¿En qué actitudes y acciones concreto mi responsabilidad de pastoreo y cuidado hacia los demás, de manera especial hacia los olvidados y desprotegidos?